

Un bogotano chinero circunda los mares del imperio celeste del siglo XIX

Viaje de Nueva Granada a China y de China a Francia

NICOLÁS TANCO ARMERO

PEDRO MARIA MOURE (prólogo)

Fondo Editorial Universidad Eafit, Medellín, 2013, 532 págs.

SE TRATA de la nueva edición de un libro singular para la época de su primera edición, 1861, en París, Imprenta Simon Racon y Comp. Singular, por las descripciones del ambiente geopolítico de tensiones y conflicto que le tocó vivir al autor durante tres años de trasegar por los puertos de China. Vivió una confrontación bélica por el predominio del comercio británico cuando este imperio se impuso a sangre, fuego y diplomacia, sobre India y China, que estaban sumidas en la miseria rural.

Tiene el libro además un destacado interés etnográfico debido al contrastante recorrido por el Caribe, Estados Unidos, Europa, Egipto, China y Palestina. Y es un texto original del género conocido hoy como “literatura de viajes”, de un mozalbete bogotano en su autoexilio político que recorre, según sus cálculos, seis mil millas, visita innumerables lugares y los describe con ingenio, aunque no logre entender los contextos culturales de lo que encuentra y los mida con el rasero civilizador de Occidente: subvalora lo extraño y magnifica a su vez la obra civilizadora de monjas francesas y frailes españoles en la redentora conversión al catolicismo de los adeptos de Buda y Confucio, según Tanco “sistemas de religión todos absurdos, todos sin verdadera moral”.

Se trata de una cautivante descripción de viaje en la que el autor nos conduce por aquel mundo lejano en la época, en embarcaciones europeas y locomotoras movidas a vapor, en plena revolución industrial, y muestra los avances en la celeridad en las comunicaciones. Anota al detalle, también, multiplicidad de medios diversos de transporte local; de cada sitio visitado, describe la arquitectura y los espacios públicos, las lenguas y dialectos, las faenas de cultivo, usos y prácticas artesanales; las condiciones sociales del trabajo y desigualdades de clases y castas, ambientes callejeros, diversiones y festividades, indumentarias, afeites, peinados y adornos, comidas y ceremonias fúnebres.

Reseña la huella en China dejada por la obra evangelizadora jesuítica, así como las víctimas de la persecución religiosa; aunque no hace ninguna referencia a las artes amatorias de Oriente. Los corrosivos juicios de valor son explicables a la luz de la óptica cultural eurocéntrica con la que mira el autor todas esas novedades, por su estructura mental y su formación conservadora judeocristiana que limitan su visión; para entonces, el relativismo cultural no era un instrumento analítico de historia cultural comparada de la diversidad étnica.

Genera curiosidad en el lector conocer cómo financió su costoso viaje y pagó un sirviente acompañante chino elegantemente ataviado, sin apoyo familiar, pues, salvo su hermano Mariano, su padre llevó una vida jornalera de burócrata en los correos granadinos, con una incursión capitalina en el alto gobierno crepuscular del Libertador y con entronques en la Cuba colonial. Están apenas fugazmente consignadas en el libro sus gestiones empresariales en China.

Adicionalmente, sorprende hoy que se le conozca a don Nicolás Tanco en la historiografía contemporánea de sinólogos internacionales y cubanos como *Tanco el chinero*. Aunque en España ‘chinero’ significa ‘alacena’ o ‘armario para guardar porcelanas chinas y cristal’, tiene otra acepción el término en la literatura histórica cubana de la segunda mitad del siglo XIX. Tanco Armero es chinero porque se convirtió en pionero del negocio de exportar *coolies*, trabajadores migrantes de China, para reemplazar los esclavos africanos en las labores azucareras de Cuba y más tarde, al Perú; *trata amarilla* que lo hizo un viajero autosuficiente en sus sucesivos desplazamientos al Oriente, un habilidoso y rico empresario, distinguido por su formación intelectual y buenas maneras bogotanas.

Al libro lo integran treinta y dos capítulos de narraciones, observaciones y opiniones sobre lo que encuentra y vive en su trasegar de cinco años. Se trata de apuntes de viaje, sin revisión de su contenido, lo advierten el prologuista y el autor. Dedicó el texto a su mentor, su hermano Mariano quien lo envió a estudiar en la infancia a Estados Unidos y en la adolescencia lo llevó a vivir con él a París, a continuar su educación. Aquí se hizo discípulo y amigo del renombrado economista Blanqui. En sus notas parisinas añora los paseos y diálogos con Mariano, pues su viaje lo hace en solitario.

La obra se divide en tres apartados. El primero, *De Nueva Granada a China*, en doce capítulos que ocupan la mitad del libro; va desde su salida de Bogotá, su viaje por el río Magdalena hacia el Caribe en 1851, San Thome, Jamaica, Cuba, Estados Unidos, Francia, Egipto, Ceilán (hoy, Sri Lanka), hasta llegar a Hong Kong. La dinastía reinante manchú al momento de la llegada de Tanco a China muestra signos de decadencia y se observa un marcado dominio del comercio por las casas inglesas que compraban té, sedería, porcelana, jade y se inventaron una nueva moneda para sus transacciones: el opio.

Poco a poco mantuvo China una relativa independencia política, lo que no sucedió con otras naciones; pero en su economía y comercio, debió someterse a la liberación del control de los puertos. La nueva moneda en especie de los ingleses, el opio, fue incrementando más el consumo nativo y llegó a generar conflictos comerciales y militares conocidos como las dos *Guerras del Opio* (sobre la procedencia, preparación y consumo del narcótico, hay una detallada descripción en las páginas 331 y 374).

Una docena de puertos tuvo China que abrir al comercio inglés. Estadounidenses y rusos, supuestamente neutrales en el conflicto chino-británico, se aprovecharon de las nuevas condiciones diplomáticas, “dispuestos a recoger laureles y sacar ventajas” [pág. 458].

El segundo apartado sobre China, en catorce capítulos, lo dedica a sus viajes costeros por los puertos de Hong Kong, Cantón, Xiamen, Fuzhou, Ningbo y Shanghai y a una incursión territorial del interior que puso en peligro su vida, por disparar contra una multitud [pág. 402]. Contiene relatos de sus aventuras y análisis de la cultura China, con ínfima valoración de lo nativo en lo estético, religioso, literario, científico, salvo en la educación y la caligrafía.

Al final, en el tercer apartado traza su regreso a Europa, por Alejandría y el Cairo; va hasta Palestina y hace una crónica de sitios y personajes bíblicos y de su alojamiento en conventos de franciscanos y de otras órdenes religiosas en su paso por los Santos Lugares; hasta llegar a Francia, donde lo sorprende la implantación del telégrafo atlántico por cable submarino y la firma del tratado de regularización de relaciones entre Inglaterra y China.

Cada capítulo tiene epígrafes descriptivos, en primera persona, de los contenidos y que revelan su interés por las estadísticas, el pasado, los cambios y la vida social y económica de cada lugar visitado, información que obtiene en entrevistas, lecturas y en sus propias vivencias. Son epígrafes que estimulan la curiosidad del lector.

Del libro, el prologuista Pedro María Moure, de raigambre payanesa y también viajero, transcribe una nota concluyente de Tanco: “Si el lector que haya recorrido estas páginas no se atreve a decir que China se halla civilizada, tampoco dirá que es una nación bárbara”. Apoyado en esta afirmación, Moure expone varias apreciaciones cargadas de prejuicios sobre la cultura oriental y augura el camino civilizatorio está marcado por la regeneración cristiana.

En la introducción a su segundo libro del viaje a Japón (1888), Tanco controvierte a su amigo Moure por el prólogo de su libro de 1861. Tanco defiende la dicotomía entre el viajero y el lector de literatura de viajes, al que pertenece esta obra y que tuvo en Lamartine y Chateaubriand dos referentes obligados de los otros escasos granadinos viajeros al extranjero, sacerdotes y empresarios, que en peregrinación también visitaron Tierra Santa en la segunda mitad del siglo XIX. En su tiempo, se viajaba por negocios —como lo hacía Tanco—, por placer y entretenimiento, por peregrinaje. Gabriel Giraldo Jaramillo hizo un invaluable empadronamiento de aquella literatura de viajeros granadinos por Estados Unidos, Europa y Palestina y sus textos están hoy disponibles en repositorios digitales de universidades. Pero será sin duda Tanco el más osado viajero granadino al ser el primero en ir hasta China, a donde regresará años más tarde casado con la dama bogotana Carmen Argáez, con quien visita además Ceilán, Java, Filipinas, Japón e Indias Orientales y, en América, Estados Unidos y Perú.

* * * *

Fue propósito del autor en este libro (1861) y en aquel posterior de su viaje a Japón (1888) mostrar los países lejanos “diferentes en todo de los nuestros por la rareza de sus hábitos, de sus creencias, de su género de vida”.

Tanco impone una diferencia entre “el mero *turista*, como se le denomina en Europa con visión a vuelo de pájaro” y el viajero que él encarna en su largo convivir con otras etnias y culturas del mundo.

Esta edición, en la colección editorial Rescates, de Eafit, la tercera, en tapa dura, conserva la estructura de la primera edición y se acompaña con cuidadosas y muy útiles Notas de Editor en las que traduce múltiples citas en francés y latín con las que estilaban adornar sus textos los escritores “cultos” de la época. Otras ilustran al lector profano sobre equivalencias al presente de monedas y cambios de nombres de ciudades (Cantón, hoy Guangzhou), referencias a gobernantes, personajes mitológicos, traducción de placas de monumentos, entre otros temas. Resulta, sin embargo, un tanto anacrónico y más bien decorativo el mapa impreso a color de las guardas, del Atlas de 1665 de Joan Bleu, pues poco ayuda a entender la geografía política de mediados del siglo XIX que recorriera Tanco.

A una distancia de siglo y medio de la primera edición, la economía-mundo sitúa a China entre las primeras economías del planeta, luego de las transformaciones geopolíticas y los cambios tecnológicos y científico-culturales. Sin embargo, hay seguramente muchas prácticas antiguas que se conservan, como la sopa de aleta de tiburón, exclusiva preferencia gastronómica por ser un supuesto afrodisíaco, que hoy amenaza, al inducir la pesca clandestina de los orientales, los bancos de tiburones martillo en las aguas de la isla Gorgona. Tanco nos cuenta del banquete ofrecido por un mandarín en el que le sirvieron aletas de tiburón, nidos de golondrina y caldo de tortuga.

Ahora, unas anotaciones sobre la *trata amarilla*: España e Inglaterra firmaron un tratado de abolición de esclavos en 1817 y se tornó clandestino el comercio africano. Los azucareros cubanos vieron en el trilingüe neogranadino y joven aventurero una solución para traer fuerza de trabajo de China y le confiaron el negocio, Tanco Armero pasó de docente de matemáticas en la Habana, a convertirse en comerciante exportador de *coolies* a Cuba y luego amplió el negocio al Perú. Hay en el libro escasas menciones al negocio:

En esta cuarta vez que visitaba el puerto de Amoy no permanecí mucho tiempo; tan pronto como hube despachado dos buques con colonos asiáticos para la isla de Cuba regresé a Hong Kong (...) [pág. 404].

Hay otro antecedente en la página 386 y la nota más explícita cuando llega al puerto de Macao, colonia portuguesa:

El cónsul de España (Nicasio Cañete y Moral) está residiendo en esta ciudad y yo no podía menos que conocerlo y tratarlo. Traíle una carta oficial del capitán general de la isla de Cuba, para que me prestase el apoyo que estuviese a su alcance en lo concerniente a la emigración asiática que yo dirigía; por consiguiente, la conveniencia, además de aquel instinto que hace buscar a los paisanos en el extranjero, me relacionó con el representante de España (...) [pág. 380].

Los envíos de “colonos asiáticos”, también eufemísticamente llamados “trabajadores libres” mediante contrato, realmente equivale a la inmigración forzosa de asalariados:

[En Macao,] las calles parecen una Babilonia y presentan un espectáculo de una feria o mercado constante. Aquí se ve al *coolie* llevando enormes fardos, más allá a otro con su aparato culinario o cocina portátil para dar de comer a los paseantes (...) acullá un pobre chinito llevando sobre sus hombros un bambú o caña larga a cuyas extremidades penden dos enormes canastas llenas de tierra [pág. 383].

Como se dijo, años más tarde, don Nicolás, inspirado en estos trabajos, también promovió la exportación de *coolies* a Perú: para trabajar en los yacimientos insulares de guano, y en Lima, una ciudad sin alcantarillado, para transportar excrementos caseros en enormes canastas; así me lo rememoraron en Lima, hace décadas, varios peruanos cuando escuché por primera vez de los negocios de Tanco Armero en ese país. Historiadores cubanos expertos en las migraciones chinas a la isla de Cuba y también sinólogos europeos que han profundizado sobre las migraciones en la segunda mitad del siglo XIX a América no dejan de mencionar a Don Nicolás y su trata amarilla. Un comercio exportador, según estos, tejido “por el chantaje, el engaño y el secuestro encubierto por contratos de trabajo asalariado de mínimo ocho años”, con descuentos exorbitantes de los gastos de viaje en una época en la que las condiciones de vida rural generaron migraciones a los puertos de Hong Kong, Cantón, Amoy y Macao, allí donde los chineros practicaban el reclutamiento de *coolies*. Fue tan recordada en Cuba la figura del chinero Tanco Armero, que hasta le compusieron una quarteta que el historiador Juan Pérez de la Riva encontró en la edición habanera *don Junípero*, del 17 de abril de 1864:

En Bogotá le llamaban
Algunos años después
Don Nicolás Tan-co chino
—que es un percance cruel.

El empresario pionero de *coolies* Tanco Armero tuvo sus émulos en Cuba, los hermanos Diago, Juan Poey, Cristóbal Madero, varios granadinos y españoles. Le siguió la huella de sus travesías exportadoras el jesuita Gustavo Andrade Lleras S. J., quien laboró por cuarenta años en Tokio, en la Universidad de Sofía, y me mencionaba en alguna ocasión que en 1878 China abolió el comercio ilegal de *coolies* y que el negocio de exportación de fuerza de trabajo oriental a América pasó al país nipón, lo que produjo migraciones a varios países latinoamericanos, incluido Colombia. No hay coincidencia entre los estudiosos sobre el número de *coolies* que envió don Nicolás de China a América. Algunos calculan que llegaron a cien mil los trasportados a Cuba y Perú.

Más allá de los ingresos y de la condición humana de tales negocios, Tanco Armero mantuvo siempre una

posición política conservadora en Bogotá, su ciudad natal. Se recuerda su polémica desde *El Conservador*, de Julio Arboleda, cuando cuestionó la científicidad de la sociología, cuya cátedra inauguraba en la Universidad Nacional Salvador Camacho Roldán (también viajero por Estados Unidos y Europa), y denostó las doctrinas del naturismo. Tanco se opuso “a la mezcla de razas, los negros raza inferior no pueden casarse con la blanca pues es mentiroso que de allí se deriven ejemplares esbeltos”. Racismo puro decimonónico. En varios panfletos contravirtió candidaturas presidenciales como la de Alcántara Herrán. Había nacido en 1830 y murió a los sesenta años, en plena Regeneración. De su libro de viaje a China, se tradujo al mandarín un extenso texto sobre el comercio del opio. Y todo él se ha convertido en un referente obligado de consulta para los estudios de la China decimonónica y la historia social de Cuba, en este mundo marcado por la mundialización de la cultura y la globalización económica.

Luis Horacio López Domínguez